

oyera una voz más alta que otra, pues todo el mundo rechazaba las disonancias, vinieren de donde vinieren.

Los hombres más representativos tenían la zozobra de que la gente no le prestara al recibimiento el calor debido ni acudiera. Yo, entre los insignificantes, como me corresponde, caí cerca de unas primeras figuras de la situación y cuando la multitud, que llenaba el Paseo, prorrumpió en vítores y se desbordó el entusiasmo, avanzando la manifestación hacia el Ayuntamiento, Don Tomás Manzanegue, con aquel genio de familia, a duras penas contenido por las buenas formas, soltó varios «moños» seguidos, según iba andando delante de mí, dándole al bastón y a la cabeza.

—¡Este pueblo, decía, este pueblo, «moño» que nunca entra de verdad ni hay quien lo mueva para nada!

La realidad era que le iba rebosando la satisfacción de ver que pasaba lo contrario de lo que decía, pero tenía que refunfuñar. Su sentir alcazareño, que era de los integrales, tenía que expresar su alegría con la queja de que no fuera mayor, como les pasa a los labradores con las cosechas, y eso que en el Paseo no cabía un alma. Por su boca hablaba el sentir nuestro que es así, de ir a las cosas un poco a la fuerza y como quejosos o disgustados, criticándonos a nosotros mismos, pensando siempre que deberíamos hacerlo mejor y reconociendo y sintiendo el no ser de otro modo para realizarlo, igual exactamente que pasaba en Madrid, donde un sentimiento de hostilidad irreductible hacia el medio, como dice Azorín, se aliaba a un sentimiento de amor hacia ese mismo medio, en el que se ha nacido y en el que se tienen todos los afectos y se le desea ver mejorar. Pero, ¡vamos a ver, Don Tomás! ¿Qué más quería usted? Tenga usted en cuenta que Alcázar no es Madrid, que es segundo Madrid y que la lectura del periódico nos enajena y al apartar la vista de él, nuestro pensamiento sigue discurrendo como si estuviera allí y viviéramos en Antón Martín, pero no es eso, aquí no hay tanta gente y aunque seamos casi iguales nos falta el casi. Repare usted que Alcázar ha hecho por sí mismo —y usted es uno de los que lo proclamaban a diario ufanamente— más que ningún pueblo y si se le deja a su caer es capaz de las acciones más nobles y desinteresadas y aquí hay una. ¡A ver dónde se ha visto que un pueblo se ponga a hacer una cosa tan personal como un libro y lo saque adelante con las notas del sentir de cada uno!

El público sentir, remansado de tiempo, como las aguas de la Mancha, faltas de corriente, se ha precipitado en la pequeña zanja abierta por uno de sus peones y da gusto verlo correr, como lo harían esas aguas, saltarinas y juguetonas, canturreando al discurrir por el arroyo que ellas mismas se labraron. Escucharlas y veréis. Mirar su claridad y su limpieza y deleitaros con su murmullo, olvidando a este pobre hombre que no hizo más que apartar un poco la broza que las tapaba.